

da Silva Catela, Ludmila (2001) *No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*, Ediciones Al Margen, La Plata, 191 páginas.

Sandra Raggio

*Centro de Investigaciones Socio Históricas, Facultad de
Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP*

El libro de Ludmila Catela da Silva, “*No habrá flores en la tumba del pasado. La experiencia de la reconstrucción del mundo de los familiares de desaparecidos*” que condensa su tesis doctoral, es producto de una investigación etnográfica extensa y minuciosa sobre los familiares de desaparecidos de La Plata. Llega en un tiempo donde proliferan los proyectos de investigación y las visitas frecuentes, en diversos escenarios, formatos y contenidos, al pasado reciente de nuestro país. Un tiempo signado por la experiencia límite del terrorismo de Estado que sin dudas ha sido la hendidura gruesa y profunda que ha fisurado no sólo la historia argentina, en tanto intentos de escribirla, sino también las posibilidades de percibir el presente y el significado de las experiencias pasadas y actuales, tanto en las dimensiones de lo colectivo, como de la experiencia vital, individual. Cuestiones que le otorgan al trabajo de Ludmila una razón poderosa, en virtud de los imperativos sociales donde se inscribe, y por otro lado un riesgo poten-

cial: que esta fuerte inscripción en el “deber de la memoria”, enturbie el imprescindible sentido crítico y rigor metodológico que debe preservarse en la investigación académica para lograr buenos resultados. Sin dudas, esta obra sortea con éxito el riesgo y aporta nutrientes vitales para un debate profundo sobre un pasado que se resiste a pasar, donde las hipótesis explicativas e interpretativas sostenidas en un corpus empírico relevante y agudamente analizados resultan imprescindibles.¹

Aproximándose a las fronteras de la denominada historia del tiempo presente pero contenida por los instrumentos de campo que le brinda la antropología social, da Silva Catela teje un relato que por analítico y riguroso, no pierde la frescura y la espontaneidad dadas por esa subjetividad particular que encontramos en los diarios de campo. El lector es invitado en cada página a compartir los itinerarios de la investigación, recreando los momentos de perplejidad, dudas, obstáculos, conmociones, hipótesis, descubrimientos; al mismo tiempo que restituye el sosiego porque ordena, interpreta, explica.

Además de la Introducción donde presenta sus elecciones teórico-metodológicas y justifica el recorte de su objeto, el libro se estructura en cinco capítulos temáticos,

La inversión del mundo, Rompecabezas, Desaparición, Territorios de memoria, Justicia y Verdad y una breve Conclusión.

La Introducción tiene la cualidad de no caer en una desmedida y tediosa explicitación del marco teórico, sino que despliega sus lecturas fundamentales, entre ellas el sugerente libro de Michel Pollak, *L'expérience concentrationnaire. Essai sur le maintien de l'identité sociale*, como así también algunos de los trabajos clave de Norbert Elías y Pierre Bourdieu, para luego dedicarse a dar cuenta de sus propias decisiones y recortes en torno a la selección de las técnicas y supuestos metodológicos que le resultaron pertinentes. Sin dudas, el uso de la entrevista es el tópico central. La mayor parte del *corpus* analítico se condensa en ellas, complementándose con observaciones participantes de actos y conmemoraciones y el análisis de lo que podría llamarse la topografía de la memoria, estudiando las marcas físicas sobre el espacio público que los

¹ Proliferan los artículos de fondo, los ensayos, la investigación periodística, la compilación testimonial, que sin dudas sirven como fuente clave que induce a tomar direcciones en la indagación, sugiere tendencias interpretativas, en fin, orienta y estimula la formulación de hipótesis que son primordiales a la hora de fundamentar el sentido de un proyecto de investigación. Digo esto, porque la presencia de este tipo de trabajos también es muy relevante y necesaria para potenciar un campo particular de investigación que se está gestando, en tanto relevan nuevos problemas, generan una nueva agenda de preguntas, justifican las nuevas investigaciones al evidenciar la pertinencia de su abordaje, etc. La suma de interrogantes, que suscitan su lectura, pone de relieve precisamente la necesidad social de emprender investigaciones sistemáticas y formales.

diferentes agentes constructores de representaciones del pasado han elaborado a lo largo de los años: colocación de placas, monumentos, memoriales. La materia prima desde donde se propuso reconstruir la experiencia de los familiares de desaparecidos, no deja intersticios sin relevar: diarios, documentos, fotos son incorporados al análisis.

En el capítulo I se describe el proceso de “Inversión del mundo” que sufrieron los familiares de desaparecidos a partir del golpe militar. Todo ese mundo sostenido por valores e instituciones que los salvaguardaban, como la Iglesia, el Ejército, la Justicia, el Gobierno, se desmoronó con prisa. Desde el registro de los diversos puntos de vistas con que evocan el día del Golpe, hasta las reacciones inmediatas frente a la desaparición, Ludmila muestra cómo la tragedia individual, íntima, privada, transformó a su vez la relación con lo público, instituido a través de estas instituciones y de las formas en que los familiares se inscribían en ellas, al tiempo que se transformaban la percepciones que en ese presente tenían de la historia. Símbolos, valores, formas de actuar. El secuestro del ser querido hace estallar los reaseguros, privados y públicos: la familia, los “otros”, próximos o lejanos.

Con los trozos dispersos comienzan a armar el “Rompecabezas” (cap II) . Frente a la tragedia del secuestro, el golpe penetra en las historias familiares, y comienza el inicio de la búsqueda. Precisamente es el conjunto de acciones desplegadas para encontrarlos lo que provoca el hundimiento de ese mundo que habitaban antes, que cierra las puertas, que niega, que es cómplice, que es culpable, que los deja solos. Pero al mismo tiempo, y ese descubrimiento es el hallazgo del trabajo, este mundo constituirá la pista para diseñar el itinerario de su acción usando “herramientas familiares”: cartas y entrevistas apelando a las autoridades eclesiásticas, a las FFAA, a políticos, a personalidades influyentes. Reclaman a la Justicia, presentan *habeas corpus*, recurren a abogados prestigiosos. Desde las prácticas se van tramando sentidos públicos y también personales, en torno a los “desaparecidos” (cap III), las pancartas con las fotos, las consignas políticas, los rituales, las siluetas, las placas, los pañuelos expresan la ausencia del cuerpo y la insistencia en señalar su falta. En estas acciones ya no están solos, ni en el dolor ni en la lucha, el rompecabezas se rearmó a través de la elaboración de la categoría de desaparecido en una acción colectiva “que lentamente ofreció espacio y cosas compartidas, canales de comunicación, soportes de contención, representaciones, en fin, la creación de identidades”².

² Ludmila da Silva Catela, *op. cit.*, p.16.

En los últimos capítulos, “Territorios de memoria” y “Verdad y Justicia” Catela profundiza ya la interpretación de la acción colectiva por medio del análisis de los diversos artefactos, representaciones, rituales, conmemoraciones, puestas en acto producidos en el seno de esa urdimbre de prácticas que desplegaron los familiares en su terca y sostenida lucha por el esclarecimiento de los crímenes y el juzgamiento de los culpables.

Como última cuestión quisiera hacer referencia a algunas de las conclusiones, que me resultan relevantes en tanto ofrecen claves para futuras indagaciones e investigaciones sobre la construcción de la memoria colectiva del terrorismo de estado, pensando el proceso también como “organización del olvido” en términos de Henry Rousso. En numerosos trabajos de estilo más bien ensayístico se ha señalado el fuerte tabú en torno al debate de la radicalización política de los años setenta implícito en las selecciones operadas en las memorias sobre la dictadura militar que han tenido mayor circulación por la capilaridades sociales. Este bloqueo, estaría asociado con las connotaciones en cuando a la reconstrucción de las identidades de los desaparecidos, en tanto víctimas, borrando sus elecciones y pertenencias políticas antes del secuestro.

El valor del análisis de la doctora Ludmila da Silva Catela reside principalmente en el diálogo que logra entre las categorías teóricas y el trabajo de campo, inscribiendo la reflexión en torno a estas hipótesis en un corpus analítico denso y renovado. Catela afirma, por ejemplo, que “La acción [de los familiares] no emanó de una clave política partidaria y tampoco fue la lógica más universal o colectiva que se valió de los organismos ya existentes que defendían a los ciudadanos de las violaciones de derechos humanos. [...] Una apelación a lo privado marcó a fuego las estrategias y legitimidades que se desplegarían a lo largo de los años. La dinámica y tensa relación entre lo público y lo privado fue la frontera a desplazar en todas sus experiencias individuales y grupales”.³ Esta constatación brinda pistas acerca de los contenidos y sentidos implicados y producidos en la puesta en proceso de la acción colectiva, emanados de la naturaleza misma del agravio como así también de los marcos que lo significaron.

Sólo queda enunciar un deseo: que este libro entusiasme porque, como él, tantos otros resultan imprescindibles.

³ *Idem*, p. 282